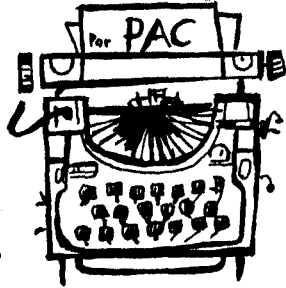


escrito a máquina

Los

derechos humanos



Todavía nuestros padres pudieron haber creído que el "Progreso" iba a llevar al hombre automáticamente, por el solo avance de las ciencias y las técnicas, a un futuro de felicidad. El "Progreso" era para ellos como para Edipo el Destino o la Fatalidad: algo irrevocable, solamente que de color rosa. Las dos guerras mundiales de este siglo echaron abajo, sin delicadeza, esta fe optimista. Se vio entonces —como dice Joseph Gevaert— que "un mundo dominado únicamente por la ciencia y por la técnica podría incluso revelarse como inhabitable, y esto no sólo desde el punto de vista biológico, sino sobre todo desde el punto de vista cultural y espiritual. Después de dos guerras mundiales y después de los campos de exterminio en donde fueron suprimidos millones de hombres inocentes, no es posible mirar el progreso científico, industrial y técnico con la misma ingenua superficialidad que era característica del siglo pasado".

De la semilla de esa vieja fe desolada crecieron sin embargo, otras creencias que vuelven a hacer depender la felicidad del hombre —o la solución de sus problemas— de los solos cambios externos. Los unos creerán que el desarrollo nos llevará fatalmente a una prosperidad que beneficiará a todos. Entonces habrá justicia y equidad. Antes no. Los otros creerán que basta un cambio de estructuras para que el hombre pierda su egoísmo y su agresividad y funcione la perfecta y justa sociedad. No invalida esta fe, en los unos, ver cómo se forman, paralelos, junto a los grandes capitales los miserables Acahualineas. Ni invalida esta fe, en los otros, ver surgir de estructuras nuevas Stalines y opresiones, purgas y masacres. Para ellos la conducta del hombre no importa. La moral del hombre no importa. Tampoco su libertad. Tampoco su vida. El fin justifica los medios. La fe ha sido puesta en los números o en los sistemas; fuera del hombre, y el resultado es una baja aterradora del valor del hombre, de su dignidad y de su vida.

No se puede negar que hay estructuras que son por sí mismas opresoras y que el presupuesto de cualquier solución es derribarlas. Pero la cárcel no sólo consiste en los muros. Puede el hombre andar libre —puede incluso creerse libre— y ser prisionero de los muros invisibles del temor o de la alienación.

En otras palabras, la felicidad del hombre no es la del perro que pasa del dueño pobre al dueño rico. Ese cambio externo al perro puede ser deseable o necesario, pero en el caso del hombre hay una PERSONA —alguien que es todo en su "yo"; tan definitivamente importante en su yo individual como en su nosotros comunal— y que, por lo tanto, con el cambio no ha ganado su ganancia si pasa del dueño pobre al dueño rico conservando la cadena al cuello, es decir sujeto a una valoración de perro en su dignidad, o en su libertad, o en su vida.

En realidad, hay una doblez, una contradicción profunda en esa generosa búsqueda de soluciones para el hombre que sin embargo pasa su carro sobre el mismo hombre triturándolo.

En efecto, nunca ha habido en la historia humana tal conjunto y tal avance de ciencias, de técnicas y de sistemas en defensa y beneficio del hombre: biología, fisiología, medicina, sicología, sociología, técnicas industriales, economía, política, etc.

Todas se aunan para proporcionar al hombre el mayor dominio y control sobre su vida y sobre la naturaleza que jamás había alcanzado y para dotarlo de los instrumentos necesarios para realizarse. Ese pujante concierto de esfuerzos y de logros humanistas confiesa por sí solo que el hombre es la medida de su civilización. Pero, entre los hilos de ese impresionante tejido positivo, se cruzan los hilos de otro tejido negativo y contradictorio que, con igual fuerza traman la opresión y destrucción del hombre. Sería difícil explicarle a un ser de otro planeta —si llegara a cualquiera de nuestros países hoy día— que es el mismo hombre el que impulsa en la mañana una vacunación masiva que detiene una peste y salva miles de vidas (esas pestes que hasta hace poco eran capaces de borrar del mapa una población entera), y el que toma en la tarde una ametralladora y barre una manifestación o arroja una bomba que borra del mapa, como la peste, una población entera. Difícil explicarle que es el mismo hombre el que organiza una cadena de radioaficionados y de aviones para llevar una medicina que salva a una niña que agoniza en el otro extremo del mundo, y el que liquida sin escrúpulos a un prisionero inocente o a un joven lleno de vida y de futuro solamente porque es un adversario político. Difícil explicarle que pertenecen a la misma especie humana dos gobiernos que comercian la vida de un comunista por la vida de un

anticomunista y viceversa, como si la vida y la muerte de un hombre fuera un kilo de carne en la balanza de una carnicería.

Esta deprimente contradicción tuvo un momento cumbre al terminar la última guerra mundial. En primer lugar, se conocieron a fondo los atroces efectos de la Bomba Atómica sobre Hiroshima —¡la perfección técnica y científica aplicada al exterminio del hombre!— y luego, cuando los ejércitos Aliados entraron a Alemania y la atención del mundo se concentró en ese acontecimiento espectacular, la humanidad entera descubrió horrorizada en los campos de concentración nazi cómo todos los recursos de la civilización pueden instrumentarse contra el hombre para la tortura y el crimen.

Ese momento de horror permitió que la corriente humanista —de largo trayecto en la historia, pero siempre evadida, siempre obstaculizada por las fuerzas represivas o por la mala fe de los Estados— ganara una primera batalla universal. Se logró que todos los gobiernos del mundo aprobaran y proclamaran —como aspiración colectiva— la "Declaración Universal de los Derechos Humanos" (10 de diciembre de 1948).

La Declaración reconoce que la medida de Civilización es el respeto a la dignidad de la persona humana, —lo contrario es "barbarie"—, pero la Declaración es también un ansioso llamado de atención a los Estados y a los pueblos sobre la necesidad de respetar y defender ese reducto de derechos y libertades fundamentales que, mas que un Ideal a perseguir; es una exigencia vital de la especie. Lo que es el vientre de la madre a la criatura aún no nacida, lo es a la existencia del hombre en el mundo el presupuesto de respeto a ese conjunto de garantías sin las cuales la humanidad se hunde en la degradación o se extermina.

"En la historia del mundo— dice Dominique Pire, Premio Nobel de la Paz— es la primera Declaración de los Derechos del Hombre en tanto que hombre, porque las declaraciones anteriores concernían sobre todo a los derechos de los ciudadanos de naciones determinadas. Es, por primera vez, un tribunal de conciencia de los pueblos".

Ese tribunal ha ido ganando estatura y poder moral. Es verdad que las crueldades, genocidios y atrocidades homicidas se han repetido y aún aumentado, pero simultáneamente ha crecido, como nunca antes, la conciencia de condena y los organismos y tribunales que mantienen viva esa conciencia e instrumentan su presión sobre poderes hasta ayer incontrolables.

Yo no dudo que la batalla por el hombre será ganada. La historia del Homo Sapiens tiene por lo menos cien mil años y hasta ahora estamos cruzando la frontera que separa al ancestral antropiteco con su derecho de la fuerza, del "hombre nuevo" con la fuerza del Derecho. Hace un siglo todavía eran compatibles Civilización y Esclavitud. Hoy la esclavitud, por lo menos la institucional, es inconcebible. Ayer y todavía hoy se puede arrebatar al hombre su libertad y su vida por cualquier pretexto político. Muy pronto la conciencia de la humanidad habrá dado un paso más y en todas partes el límite último de toda lucha y de toda divergencia se de tendrá ante esa tenue, débil pero esencial muralla que defiende la dignidad y la vida de la persona humana.

Ese es el curso de la historia y al percibirlo uno no puede menos de sentir una inmensa vergüenza y tristeza ante el espectáculo actual de Hispanoamérica. Por nuestra tradición cristiana y por nuestra condición de continente subyugado que trata de sacudir su dependencia y ganar un trato de equidad, deberíamos ser los más celosos defensores de la dignidad humana que es la fuente que nutre la dignidad nacional. Sin embargo, ha tenido que ser el presidente electo de Estados Unidos el que presione sobre nosotros y el que incluso condicione su ayuda al trato civilizado que debemos darle a nuestros connacionales. El respeto a nosotros mismos tendría que ser la base y la fuerza de nuestras demandas de respeto a las potencias que nos explotan o se exceden en su poder.

Pero, si nosotros mismos nos tratamos peor que enemigos ¿qué consideración nos tendrán los extraños?

Como en las barras de los grandes ríos, la última corriente de Hispanoamérica —la oficial— es CONTRA LA HISTORIA. En su choque contra la historia ha levantado una ola de represión y sangre.

Pero la batalla la ganará el hombre. El hombre con sus derechos. El hombre con su dignidad.

El hombre que, en plural, es el pueblo.

PABLO ANTONIO CUADRA